



Lucio V. Mansilla

Cara larga

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

Cara larga

Al señor don Carlos del Campillo

...nous ne regardons pas encore si directement le ciel que le poisson uranoscope, dont les yeux sont situés au sommet de son crâne: en fin, l'oiseau pingouin, marche aussi redressé que nous.
MONTAIGNE

Todos ustedes saben que la ciencia cuenta entre sus grandes representantes a Lavater y a Gall. Saben más todavía, porque saber sólo lo dicho y saber muy poca cosa sería casi lo mismo: que el primero ha intentado demostrar las relaciones que existen entre el carácter del hombre y la forma exterior de sus facciones; y el segundo, las coincidencias que existen entre ciertas protuberancias del cerebro y las inclinaciones naturales de nuestra especie.

Lavater, guiado por su profundo espíritu de observación, ha demostrado que todos nos parecemos a algún animal que no es de nuestra especie, empezando por los peces, siguiendo por los cuadrúpedos y acabando por los pájaros. Y estudiando las costumbres de esos animales, ha llegado a esta curiosa conclusión: que el que tiene cara de mono es lascivo; que el que tiene cara de chanco, por ahí va; que el que tiene cara de zorro no carece de astucia; que el que tiene cara de pavo real, pavo es; y para concluir, que el que tiene cara de león es bravo.

Mírese el lector en el espejo, obsérvese, estúdiense, confiésese o pregúntele a otro: ¿yo, cara de qué tengo?; y no tenga duda que, si le dicen que tiene cara de elefante, ha de ser algo prudente, y que si tiene cara de perro de aguas ha de ser algo enamorado y no poco adulón...y que si tiene cara de zonzó quizá no lo sea.

Gall, para hablar sólo de él, ha demostrado a su vez, con numerosos ejemplos típicos, que el que tiene muy desarrolladas ciertas protuberancias obedece invenciblemente a ciertas inclinaciones; y siguiendo Lombroso y los de su escuela su mismo procedimiento, hay ya una galería interminable en la cual se apoya la frenología trascendental.

Así es que los que no quieran buscar la semejanza que tengan con un pez, con un cuadrúpedo o con un pájaro, pueden tantearse la cabeza, y es seguro que, si tienen muy desarrollada una protuberancia que está en la parte superior del cráneo, serán idealistas; y todo lo contrario si tienen muy desarrollada otra giba que está entre la oreja y el nacimiento de la espina dorsal – o hablando vulgarmente, la cerviz, que es la parte posterior del cuello, o sea una cosa que no se debe bajar ni levantar sin muy fuertes y fundadas razones.

Pero yo no voy a entretenerme con ustedes hablando científicamente ni de Lavater ni de Gall – de sus teorías tan combatidas por los sostenedores del libre albedrío. Se han equivocado ustedes si al leer el título “Cara larga” han creído que de eso íbamos a conversar.

No, señor. De lo que vamos a platicar no es de la cara que *uno tiene*, sino de la cara que *uno debe* tener o poner, lo que es un poco intrincado desde que para *poner* es necesario *tener*. Me explicaré, entonces, diciéndoles a ustedes que estoy hablando de la cara con que uno debe salir a la calle, que seguramente no es ni la cara con que uno se acuesta ni la misma cara con que uno se levanta, si tiene deudas y acreedores – necesidad desde luego de hacer uso del crédito que, a mi juicio, es la “influenza” más universalmente esparcida.

No es para ustedes un misterio que yo sé muchas cosas, y que poseo mi caudal de experiencia, como cualquier hijo de vecino. De modo que, sin ser petulante, bien puedo permitirme apuntar aquí un consejo. Y antes de hacerlo, y como soy tan inclinado a abrirme de par en par, empezaré por decirles qué es lo que yo hago, cómo y por qué lo hago. Y dicho, el consejo caerá de su peso como breva madura.

Yo me levanto todos los días con un humor que ya se comprenderá cuál es, siendo viejo como el mundo que *les jours se suivent et ne se ressemblent pas*. Hago todo lo que tengo que hacer, empezando por pensar en los ausentes; me visto, me acicalo, me compongo, me arreglo. En una palabra: trato de estar digno de la sociedad en que vivo, de mi clase y de las gentes con quienes debo alternar.

Cuando estoy listo, es decir más o menos contento de mis exterioridades, seguro de que no tengo manchas – las manchas son un gran inconveniente para todo -, me digo: “*Allons...a la calle*”. El hombre debe pensar en el *aer pabulum vitae*, o que el aire, el aire libre, es el alimento de la vida...; que no es posible vivir siempre metido uno en su casa (prescindamos de que hay más de un matrimonio insulso porque el marido está siempre ahí...). Y cuando eso me he dicho, echo una rápida mirada de inspección en el espejo sobre mi persona, que es como si dijéramos el martillazo final de Miguel Ángel. Y lo que pasa es esto: que la cara suele no estar como es debido.

La mímica es, como ustedes saben, un arte tan importante que Cicerón decía que un orador necesitaba tres cosas: primero, la acción; segundo, la acción; tercero, la acción. Y por “acción” entendía los movimientos, los gestos, la expresión de la fisonomía en el momento de hablar.

¡Bueno, pues! Si la cara no está en regla, la compongo: gesticulo para arriba, para abajo, a derecha e izquierda, me muestro los dientes a mí mismo, suavizo la mirada; finalmente, tomo un aire ameno hasta donde es humanamente posible tomarlo si le anda a uno por dentro la procesión, que es la regla general. ¿O ustedes me van a decir que son completamente felices, que no tienen parientes pobres, amigos necesitados, mujer celosa, querida que no los hace padecer, cuentas que pagar, letras que renovar, en suma, que no están apurados o que no se aburren?

¿Por qué hago yo esto, lo dicho? ¿Saben ustedes por qué?

Porque he observado que, en cuanto sale uno a la calle, lo primero que encuentra es un amigo – un conocido, digamos más bien – que lo detiene.

-¿Y cómo va, hombre? ¡Usted siempre alegre! ¡Qué hombre feliz!

(¿Y qué hacerle?)

Si usted contesta: “¡Ay, amigo, las apariencias engañan!”, y se pone a contar sus cuitas, el que lo detuvo protesta que va muy de prisa y trata de zafarse; y si al rato, un momento después nomás, se encuentra con otro amigo o conocido con el que se relincha, es casi seguro que le dirá: “Ahí me he encontrado con Fulano que está tronado. Me alegro. ¡Ojalá se lo acabara de llevar el diablo: no lo puedo sufrir, me es tan antipático!”

El lector estará diciéndose que yo tengo muy mala opinión de la especie humana.

No, señor; pienso de mis semejantes exactamente lo mismo que ustedes. Pero, pensando como ustedes, creo como el célebre *alcoholista* que tenemos un sexto sentido: el “demonio de la perversidad”, sentido morboso que hace, o que nos gozamos con las desgracias ajenas, o que las miremos a veces con indiferencia supina. Yo, si he de hablar de lo que a mí me ha pasado hasta ahora, les diré a ustedes que “el que busca, encuentra” y que toda la dificultad consiste en saber elegir.

Un hombre tiene un peral; el árbol está cargado de fruta; mira, escoge, busca la más grande, la que le parece más madura; la arranca, la muerde con sensualidad de epicurista, hace un gesto...está agria. Y, sin embargo, en el peral hay una pera – hay varias peras excelentes, de superior calidad -, pero no está entre las grandes, sino entre las chicas.

El hombre se ha equivocado nada más, y será un insensato si dice: “Este peral no sirve para nada”.

Así es el mundo, la vida: así son los hombres, la sociedad. La cuestión no está en *los otros* sino en *nosotros*, que erramos el camino y la puerta donde se debe golpear.

Y entonces: ¿qué saca uno saliendo a la calle con una cara de pocos amigos, en la que todos puedan leer – y este “todos” se refiere a la masa, a los indiferentes – que uno no es feliz? ¿Y quién nos dice, por otra parte, que ése a quien elegimos por confidente no lleve dentro del pecho un torcedor más cruel aún que el que a nosotros nos mortifica?

El hombre fuerte debe tener siempre confianza en sí mismo, y el que no cree en sí, no debe esperar que los otros crean en él. Y el orgullo, bien entendido, consiste en saber uno devorar sus penas; y en estar siempre listo para recibir las confidencias del afligido, del amigo verdadero – no de boca -, cuya angustia no haremos sino aumentar, si en medio de la impotencia de sus aflicciones le vamos a contar las nuestras.

Conque así, caballeros, nada de cara que haga suponer que ustedes no tienen confianza en sí mismos y, sobre todo, en el día de mañana.

Lo repetiré.

Ritter, en su famoso estudio sobre la Tierra, dice que el hombre moral, para cumplir su destino, el hombre que quiere obrar de un modo eficaz, debe tener la conciencia íntima de su fuerza, conocer lo que recibe de afuera, lo que le rodea, las relaciones que lo unen a lo que no es él mismo; que toda asociación de hombres, todo pueblo, para llegar a su objeto debe así conocer sus fuerzas interiores y exteriores, las de sus vecinos y el lugar que ocupa en medio de las relaciones externas que obran sobre él.

La patria, agregó yo, no es simplemente la superficie geográfica, enriquecida por un suelo feraz, embellecida por montañas que se elevan hasta las nubes, cruzada por abundantes arterias fluviales; es también el cielo que nos ilumina con sus inextinguibles fulgores, es lo sensible que se mide con la estadía, es lo supersensible que se mide con el telescopio. Tan es así que, por ingrato que sea el cielo de la patria, ese cielo es siempre un recuerdo inolvidable, como el de la llanura o el de la montaña donde hemos experimentado el soplo de la primera palpitación tierna, grande o generosa.

Desgraciado verdaderamente no debe ni puede considerarse – en todo caso – para andar con cara triste por la calle sino el que, mirando a su alrededor y al cielo, tenga el derecho de exclamar: “¡Enfermo, desvalido y extranjero!”

Y aun ese mismo extranjero, si busca bien, encontrará lo que necesite.

La esperanza es también una patria universal. ¡Ay de los que no esperan y confían!

Luego, cara compungida o cara larga, siendo pasaporte de flaqueza, en vez de inspirar simpatía hará que le saquen a uno el cuerpo. Prefiero la cara seria de un gerente de banco

particular. De esos que a pesar de haberse enriquecido no creen en el porvenir del país, y cuya palabra sacramental de circunstancia es: “¿Títulos? De ninguna clase; *non possumus*”.

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

